

GRIEGOS Y NORMANDOS.

Al día siguiente partimos para Segesta, con la intención de detenernos á la vuelta en Montreal.

Hay ocho leguas, sobre poco mas ó menos, desde Palermo al sepulcro de Ceres, y sin embargo, nos previnieron tomásemos para hacer aquella corta excursión, las precauciones que habíamos ya tomado para ir desde Girgenti, por ser aficionados los ladrones singularmente á aquel camino, desierto la mayor parte del tiempo, es verdad, pero recorrido sin falta por todos los extranjeros que llegan á Palermo. Los ladrones están, pues, seguros, que cuando un viajero cae en sus manos, vale bien la pena, y á falta del número se fijan en la calidad.

Ibamos cinco hombres bien armados, y Milord que valía por otro; no teníamos, pues, mucho que temer. Ocupamos nuestro sitio en la calesa descubierta, con nuestras escopetas de dos tiros entre las piernas, á excepción de uno solo, que se sentó cerca del calesero con una carabina á la espalda colgada del portafusil. Milord siguió el carruaje, enseñando los dientes, y mediante

estas precauciones llegamos al lugar de nuestro destino sin accidente.

Hasta Montreal es delicioso el camino; es el que los antiguos llamaban la *Concha de Oro*, es decir, un vasto recipiente de esmeralda, por encima del que crece de trecho en trecho alguna bella palmera meciendo su penacho africano. Mas allá de Montreal, en la vertiente de la colina que mira á Aliamo, todo cambia de aspecto, termina la vegetación, desaparece el verdor, las plantas parásitas recobran sus derechos, y se encuentra uno en el desierto.

Al dar vuelta al camino, en una de las posiciones mas pintorescas del mundo, único resto que ha quedado en pié de todos los monumentos de la antigua ciudad, se ve el templo de Ceres, situado en una especie de plataforma, desde la que se domina el desierto, triste y melancólico vestigio de una civilización que desapareció.

Un príncipe troyano, llamado Hippotes, tenía una hija muy bella, llamada Egesta, á la que dejó en una lancha en la mar, por temor de que la suerte no la designase para ser devorada por el monstruo marino que Neptuno habia destinado contra Laomedon, el cual habia olvidado pagar al susodicho dios la suma convenida para levantar las murallas de Troya. Así, la primera víctima ofrecida al monstruo habia sido Hesione, hija del deudor olvidadizo; pero Hércules, que la encontró en su camino, la habia librado al pasar, y el monstruo quedando en ayunas, habia impuesto á los troyanos esta dura condición: que se le entregaria todos los años una jóven para devorarla. Los padres y madres habian

pu sto el grito en el cielo, pero el estómago hambriento no tiene oídos, el monstruo se había mantenido inexorable, y era preciso pasar por lo que quisiese.

Hippotes, con el temor de que tocase á su hija la suerte, y que no hallase al paso otro Hércules para librarla, había, pues, preferido ponerla en una barca llena de provisiones, y lanzar el barco á la mar. Apenas estuvo en alta mar, cuando una hermosa brisa de los Dardanelos se levantó é impelió de tal modo el esquife que había terminado por abordar cerca de Depranum en la embocadura del rio Crynise. El Crynise era uno de los rios mas galantes de la época; era primo de Scamandro y cuñado de Alfeo; no bien hubo visto á la bella Egesta cuando se trasformó en perro negro, y fué á hacerle la corte. Egesta queria mucho á los perros, y acarició al que se le presentaba; luego, habiéndose sentado al pié de un árbol comió algunas granadas que había cogido en la ribera y se durmió con el perro en sus rodillas.

Mientras dormia, tuvo uno de esos sueños como los que habían tenido Leda y Europa, y nueve meses despues dió á luz dos hijos, denominando al uno Eolo, que no debe confundirse con el dios de los vientos, y al otro Alceste. La historia no dice lo que fué de Eolo; en cuanto á Alceste, edificó una ciudad sobre la ribera de su padre, y como era un hijo piadoso la puso el nombre de su madre Egesta.

Estaba ya casi enteramente construida la ciudad, cuando Eneas, arrojado de Troya abordó á su vez á Drepanum. Envió algunos de sus lugartenientes para

explorar el país, y estos le dijeron que acababan de encontrar un pueblo del mismo origen que ellos y que hablaba su mismo idioma. Eneas descendió á tierra al punto, avanzó hácia la ciudad, y halló á Alceste en medio de sus obreros; los dos príncipes se saludaron, se hablaron y reconocieron que eran primos-segundos.

Todos los que han comentado el libro V de la Encida, saben cómo el héroe troyano, habiendo tenido la desgracia de perder á su padre, celebró los juegos en su honor sobre el monte Erix, y cómo el buen rey Alceste fué elegido por él para ser el juez de aquellos juegos. Esta es casi la última mención que se encuentra de él en la historia.

Muerto aquel sabio rey, sus súbditos se apresuraron á discutir con los selinuntios á propósito de algunas fanegas de tierra que se hallaban entre las dos ciudades. Estalló una guerra atroz entre los dos pueblos. Es muy difícil precisar el tiempo que duró aquella guerra. En fin habiéndose aliado Selinunte con Siracusa, Egesta se alió con Leontium. Esta alianza no tranquilizó, segun parece, al pobre naciente pueblo, porque envió á pedir socorros á los Atenieses.

Los Atenieses estaban muy solícitos, cuando se les pagaba bien; resolvieron asegurarse desde luego de los medios pecuniarios de los egestianos, y luego socorrerlos si había lugar. Enviaron diputados, á quienes se hizo ver una cierta cantidad de vasos de oro y plata encerrados en el templo de Venus Ericine, los diputados se convencieron de que Atenas podia hacer sus gastos, y Atenas envió á Nicias, quien comenzó pidiendo un an-

ticipo de treinta talentos; eran unos 20,000 francos de nuestra moneda. Los egestianos hallaron la cosa razonable y pagaron. Nicias unió entonces su caballería á la de ellos, y se apoderó de la ciudad de Hicare, cuyos habitantes hizo vender; esta venta produjo 120 talentos; 80,000 francos próximamente, de lo que se olvidó de dar la mitad á los egestianos. Entre las mujeres vendidas habia una niña célebre ya por su belleza. Aquella niña llevada á Corinto fué despues la célebre Laïs, cuya belleza gozó bien pronto tal reputacion, que los pintores, dice Ateneo, acudian á verla en tropel para inspirarse con aquel ilustré modelo. Pero no todos eran admitidos á su presencia, y verla costaba algunas veces tan caro, que del precio que ponia, vino el proverbio: No es para todos ir á Corinto.

Pero el triunfo de Egesta no fué largo. Nicias fué batido, cogido por los siracusanos y sentenciado á muerte. Egesta volvió á caer bajo la dominacion de Selinunte, y permaneció en aquel estado de servidumbre hasta que Anibal el Antigo, nieto de Amilcar, destruyó á Selinunte despues de ocho dias de asalto. Egesta formó entonces parte naturalmente del botín del vencedor. Cuando la primera guerra púnica recordó que era de la misma sangre que los Romanos, y se levantó: los Cartagineses no estaban por los términos medios: arrasaron la ciudad, y trasportaron á Cartago todo lo que encontraron de precioso.

Los Romanos triunfaron; la desgraciada ciudad moribunda recobró entonces nueva vida. Sostenida por el senado, que le dió con la libertad un vasto y rico terri-

torio y que añadió una S á su nombre, para alejar de él la idea de la palabra *egestas* que quiere decir *po-breza*, volvió á levantar sus casas, sus templos y sus murallas. Mas apenas estaban levantadas sus murallas, cuando tuvo el imprudente valor de rehusar á Agatocles el tributo que pedia. Aquel fué el fin de Segesta; el tirano la condenó á muerte y la ejecutó como un solo hombre: bastó un dia á su destruccion, y para dejar una eterna memoria, prohibió á los pueblos de las cercanías denominar el sitio donde habia estado Segesta de otro modo que Dicépolis, es decir, la ciudad del castigo.

Un solo templo sobrevivió á la destruccion general: este es el que está todavía en pié, y que se cree consagrado á Ceres. En este templo estaba la famosa estatua en bronce de Ceres, que, cogida por los Cartagineses cuando arrasaron la ciudad, fué devuelta á los egestianos por Scipion el Africano, y arrebatada mas tarde por Verres durante su pretoria.

Dos arroyuelos que atravesamos en seco y que llevan muy poca corriente en el invierno, se llamaron el Scamandro y el Simois, en memoria de estos dos rios troyanos. El Simois es hoy *Il Fiume San Bartolo*; el otro ya no tiene ni aun nombre.

Jadin sacó una vista del templo; dejamos con él, para que le acompañase, uno de los hombres de nuestra escolta, armado de una escopeta que jamás abandonaba de dia, y cerca de la que dormia de noche: nos pusimos nosotros á cazar en medio de inmensos llanos cubiertos de cardos é hinojos. A pesar de la magnífica dis-

posicion del terreno para la caza, no encontré sino dos culebras que maté, la una de un taconazo y la otra de un tiro.

Cazando llegamos á las ruinas de un teatro, pero valia tan poco despues de vistos los de Orango, Taormina y Siracusa, que no nos ocupamos mas que de la vista que se descubre desde lo alto de sus gradas. Se domina la bahia de Castellamare, el antiguo puerto de Segesta.

Era demasiado tarde para que nuestro calesero quisiera volver en la misma noche á Palermo; todo lo que consintió hacer por nosotros fué darnos á elegir, in á dormir en Calatafini ó en Aliamo. Con la seguridad que nos dieron los guardianes del templo, de que el cura de Aliamo tenia posada, y que aquella posada era habitable, nos decidimos por la última ciudad. Tengo demasiado respeto á la Iglesia para que me permita decir nada de la posada del cura de Aliamo. Partimos de allí al dia siguiente á las seis de la mañana; á las nueve estábamos en Montreal. Nos detuvimos allí para almorzar, y luego fuimos á visitar el Domo.

El Domo de Montreal es acaso el monumento que ofrece la alianza mas preciosa de las arquitecturas griega, normanda y sarracena. Guillermo el Bueno le fundó hácia el año 1180, á consecuencia de una vision: fatigado de la caza se habia dormido bajo un árbol; la Virgen se le apareció, y le reveló que al pié de aquel árbol habia un tesoro; Guillermo excavó la tierra, halló el tesoro y edificó el Domo. Las puertas se hicieron por el modelo de las de San Juan, en Florencia, en 1186:

esta inscripcion grabada en una de ellas, no deja duda acerca de su autor: *Bonanno, civis pisanus, me fecit.* «Bonano de Pisa, me hizo.»

Guillermo mandó que su tumba se hiciese en el templo qu él habia hecho construir; é hizo trasportar allí las de Margarita, su madre, de Guillermo el Malo, su padre, y de Roger y Enrique sus hermanos, muerto el uno á la edad de ocho años y el otro á la de treinta. Su voto fué desde luego cumplido, pero de un modo extraño, porque habiendo muerto de repente de una fiebre, que le acometió á su vuelta de Siria, á la edad de treinta y seis años, y despues de veinte y cuatro de reinado, fué depositado por su sucesor, Tancredo el Bastardo, en un simple nicho excavado al pié de la tumba de su padre Guillermo el Malo. Hasta 1575 no fueron exhumados sus huesos, verificándose por el arzobispo don Luis de Torre, depositándole en una tumba de mármal blanco, elevada en un estrado de la misma materia. Una pirámide se alzaba sobre aquella tumba, y en uno de los lados de la pirámide estaba grabado aquel pasaje del salmo 117, que los reyes normandos habian adoptado para su divisa: *Dextera Domini fecit virtutem.*

En 1811, se prendió fuego al Domo: una parte de la bóveda se hundió y deterioró algo las tumbas. Las de Margarita, de Roger y Enrique fueron deshechas enteramente: sus huesos, recogidos inmediatamente, no ofrecieron nada de particular: el sepulcro de Guillermo II no contenia mas que un cráneo, del que pendia una larga mecha de cabellos rojos. Esta señal indeleble de la

raza normanda, y algunos otros restos, estaban cubiertos de una tela de seda de color de oro. Aquellos huesos se hallaban encerrados en una caja de madera pintada de azul, toda sembrada de estrellas y marcada con una cruz roja. El cuerpo no aparecía que hubiese sido embalsamado, porque una relacion de su primera exhumacion, en 1575, atestigua que en aquella época no estaba en mejor estado que cuando se le halló en 1811. Pero el sepulcro que atrajo mas la atencion de los anticuarios, fué el de Guillermo el Malo. Al abrirse el sarcófago, se encontró lo primero una caja de ciprés envuelta en una especie de tela de raso de color de hoja seca, y abierta aquella caja, se descubrió el cadáver del rey perfectamente conservado, aunque habian trascurrido seis siglos y medio desde su inhumacion. Conforme á la descripcion dada por la historia, tenia cerca de seis piés de alto. El rostro y los miembros estaban intactos, menos la mano derecha que faltaba; una barba roja, á la que se unian largos bigotes, descendia hasta el pecho; los cabellos eran del mismo color, y algunos mechones arrancados del cráneo estaban esparcidos por el lado izquierdo del féretro. El cadáver estaba cubierto con tres túnicas sobrepuestas: la primera era una especie de justillo largo con mangas de raso de color de oro, que conservaba todavía un bello lustre; partia del cuello y descendia hasta los muslos ahuecándose en las caderas. Bajo este justillo habia otra túnica de hilo que, partiendo desde el cuello como el primero, descendia hasta media pierna, era en un todo semejante á un alba de sacerdote: esta especie de alba estaba atada á la cintura por

un cinturon de seda color de oro, cuyos dos extremos se reunian en medio del vientre por medio de una hebilla. En fin, bajo aquella túnica habia una camisa que partia igualmente del cuello, pero que cubria todo el cuerpo. Los piés y piernas estaban calzados con largas botas que subian casi hasta los muslos, y que en su parte superior estaban vueltas hácia fuera como tres pulgadas. El color de aquella tela era de hoja seca, y parecia haber hecho parte de aquel trozo que cubria el ataúd. La mano izquierda, la única que quedaba, estaba descubierta, y cerca se veia el guante de la mano derecha: este guante era de punto de seda color de oro y sin costuras.

Hácia una de las extremidades de la caja, se encontró una monedita de cobre; en el centro de ella habia una águila coronada, y por encima de aquella águila, una cruz y algunas letras de las que no se pudo hallar el significado.

Habia poca diferencia entre el traje de Guillermo y los que revestian los cadáveres de Enrique y Federico II, hallados en Palermo en 1784, lo que prueba que aquel traje era la vestimenta real de los soberanos normandos.

Cerca del Domo está la Abadía, y unido á la Abadía está el claustro, construccion maravillosa del estilo árabe, sostenida por doscientas diez y seis columnas, las que todas presentan distinta ornamentacion. Sobre uno de los capiteles se ve representado á Guillermo II de rodillas, ofreciendo su iglesia á la Virgen. Este claustro es el que ha servido de modelo para la decoracion del tercer acto de Roberto el Diablo.

Atrevidos hombres eran los normandos, preciso es confesarlo. En el siglo VII abandonan la Noruega y aparecen en las Galias. Carlo-Magno pasa su vida en rechazarlos, y cuando cree haberse desembarazado de ellos para siempre, ve reaparecer en el horizonte sus navíos en gran número, y desanimado, no por él, sino por sus descendientes, cruza los brazos el anciano emperador y llora silenciosamente el porvenir. En fin, no ha trascurrido un siglo y ya suben por el Sena y vienen á sitiar á París. Rechazados en Neustria por Eudes, hijo de Roberto el Fuerte, se arraigan en el suelo, es imposible arrancarlos de allí, y Carlos el Simple entra en negociaciones con Rollon su jefe. Apenas el tratado se ha firmado edifican las catedrales de Bayeux, de Caen y de Avranches. El resto de la Galia todavía no tiene un idioma, dividiéndose entre el latín, el teuton y el romance, cuando ellos ya son trovadores. Los romances del Ron y de Benito de Saint-Maur preceden en ciento veinte años á las primeras poesías provenzales. Guillermo el Bastardo en 1066, tiene á su poeta Taillefer, quien le acompaña y á quien da la homérica misión de cantar una conquista que todavía no se ha emprendido. Luego, apenas conquistada la Inglaterra (y les basta una batalla para conseguirlo) los vencedores se sustituyen á los vencidos, destrazan el antiguo molde sajón y cambian el idioma, las costumbres y las artes; de tal modo, que no se ve mas que á ellos en la superficie del suelo, habiendo desaparecido como anonadada la primera población.

Mientras esto se verifica hácia el Occidente, algunas

cosas mas increíbles todavía suceden al Oriente: unos cuarenta normandos extraviados á su vuelta de Jerusalem, á donde han ido á hacer una cruzada por su cuenta, desembarcan en Salerno y ayudan á los lombardos á batir los sarracenos. Serguis, duque de Nápoles, para recompensarles aquel servicio, les concede algunas leguas de tierra entre Nápoles y Capua; al punto fundan allí Averse, que Ranulfo gobierna con el título de conde. Tienen un pié en Italia, es todo lo que les hace falta. Esperad, hé aquí que vienen Tancredo de Hauteville y sus hijos. En 1055 abordan á las costas de Nápoles. Dos años despues ayudan al emperador de Oriente á reconquistar la Sicilia, en poder de los sarracenos, se apoderan de la Apulia por su propia cuenta, se hacen llamar duques de Calabria, flotan un instante indecisos entre los dos grandes partidos que dividen la Italia, se hacen güelfos, recibiendo de los papas la investidura férrea, les recompensan á su vez, defendiéndolos contra los emperadores de Occidente. ¿Y cuánto tiempo han necesitado para todo esto? Desde 1055 á 1060, veinte y cinco años.

Plaza á Roger, al gran conde. No es ya bastante para él ser conde de Pulla y duque de Calabria, salta el estrecho, toma á Mesina en 1061 y á Palermo en 1072, y en el espacio de once años ha anonadado el poder sarraceno. Pero aun no le basta ser conquistador como Alejandro y legislador como Justiniano; necesita todavía reunir en sí el poder sacerdotal al poder militar, le mitra á la espada: se hace nombrar legado del papa en 1098 y muere en 1101 legando á sus descendientes ese

título, todavía en la actualidad uno de los mas preciosos del rey de Nápoles.

Su hijo Roger le sucede; mas no le satisface tampoco ser conde de Sicilia y de Calabria, duque de Pulla y príncipe de Salerno. En 1130 se hace llamar rey de Sicilia y en 1146 se apodera de Atenas y de Corinto, de donde trae las moreras y los gusanos de seda. En 1154 muere dejando la Sicilia á su hijo Guillermo el Malo: este es el que hemos encontrado vestido con su traje real en la estropeada tumba de Montreal y que tendido en su féretro tiene seis piés de longitud. Guillermo II, su hijo, le sucede y edifica el Domo de Montreal, la catedral de Palermo y el Palacio Real. Este Guillermo es el Pacífico, Guillermo el poeta, Guillermo el artista. Aprovecha á la vez la civilizacion griega, la árabe y la occidental; toma de los Occidentales la idea mística, de los Arabes la forma, de los Griegos la ornamentacion: busca el tiempo de hacer una cruzada y vuelve á morir á los treinta y seis años de edad, cerca del Domo de Montreal que ha edificado.

En él se extingue la legítima descendencia del gran conde. Tiene por sucesor un bastardo de Roger, duque de Pulla, llamado Tancredo. Este reina cinco años sin que la historia se ocupe de él. Con él muere el último de los reyes normandos. Enrique VI, que se ha casado con Constanza, hija de Roger, le sucede: la familia de Suabia está en el trono de Sicilia.

Nos quedaban algunas horas para visitar la Favorita, castillo real al que la predileccion que le dan Carolina y Fernando ha dado su nombre. Durante su larga mansion

en Sicilia, la Favorita era la residencia de verano de los dos desterrados. De la Favorita es de donde partió lady Hamilton para ir á obtener de Nelson la ruptura de la capitulacion de Nápoles. Nelson por una noche de placer faltó á la palabra dada, y veinte mil patriotas pagaron con su cabeza la defeccion de Emma Lyonno, la antigua cortesana de Londres.

La Favorita es un nuevo capricho del género de la locura palagoniana; solo que en la Favorita todo es chinesco: interior y exterior, muebles y jardín. Todo es kioskos, pagodas, puentes, campanillas y cascabeles. Inútil es decir que todo esto es de un gusto detestable y del género mas malo de la época de Luis XV.

Al volver á Palermo, encontramos toda nuestra tripulacion que nos aguardaba en la puerta de la fonda. El Speronare habia entrado en el puerto aquella misma mañana con un excelente viaje. Llevaba consigo una provision de vino de Marsala, comprado sobre el terreno. Nos fué preciso dejarnos besar las manos por aquellas buenas gentes, á quienes citamos á bordo para el lunes siguiente.